

- Pero venga un traguito de cognac,
que hace un frío.....
- Prrrr! rrr! hace un frío!.....

La Gran Evolución

XIII

El frío arreciaba. El Sr. Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdiéndose a la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

- Conque, - comenzó el Sr. Navarro, después de echar un puñado de carbones en la llamante estufa: - ¿No sabía Ud. nada de lo que ese joven le ha revelado hoy? ¿Ni la virindad de D. Porfirio, ni sus buenas intenciones para casarse otra vez, ni la naciente prisa del Sr. Romero Rubio?

- Nada, nada! contestó con curiosa impaciencia

- Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer este poderoso elemento de

transformación: la mujer. Creer que el mundo moral se rige por las ideas y el físico por los átomos: fuera de esos dos principios, el idiológico y el cósmico, no admiten ninguna fuerza de impulsión y evolución. Voltaire con todo su talento, no sospechó en lo femenino un gran factor histórico. Uds. los solterones, el amigo D. Sebastián, colocan a la mujer en lugar secundario cuando se trata de resolver los problemas políticos; austeros y castos soñadores, que equivocan la sombra con el cuerpo que la proyecta! La pólvora, la imprenta, el vapor, la electricidad, son descubrimientos puramente materiales. Han modificado la inteligencia, cultivado el espíritu y enaltecido la prosperidad, ciertamente; pero han dejado las pasiones

humanas en toda su primitiva feracidad. Se mata, se envenena, se roba y se ama al presente como se envenenaba, se amaba, se robaba y mataba en aquellos tiempos de predegrada. La fortuna no ha cambiado, es verdad, pero en el fondo de los hechos hay absoluta semejanza.

El Sr. Navarro es un indio que despierta de agudo y de ladino: yo le escuchaba atentamente, sin sospechar a dónde iría a parar.

Encendimos un cigarro en el mismo fósforo y bebimos un traguito de cognac en distinta copa, y el Sr. Consul prosiguió: — A hombre práctico preciso me aventajan: tengo setenta años de vida y veinticinco en mi empleo: y a esa edad me siento tan fuerte como un toro de cuatro primaveras, y tan feliz como un muchacho de dieciocho. Mis cabellos han blanqueado y mis dientes ennegrecido. Poseo trescientos

mil pesos y estimo cada peso como un día de mi vida. ¿llegaré a centenario? Así lo espero. No quiero a nadie exceptuando a mi segunda mujer y el recuerdo de la primera. La patria me interesa muy poco y los patriotas casi nada. Si puedo evitar que un hombre asesine a otro, no lo hago. Soy, hasta cierto punto, un egoísta (monstruoso) pero lógico.

— Pero era Ud. un hombre tierno, sincero y compasivo, cuando yo lo conocí en México al lado del Sr. Comonfort y doblado.....

Es verdad; pero debíase todo a mi primera mujer que, como U. recuerda, murió de cólera en Orizaba juntamente con mi hija..... (los ojos del Sr. Navarro se velaron de lágrimas). Esa desgracia sacudió tan rudamente mi espíritu que concluí por quemar lo que adoraba y adorar lo que quemaba.

Otra copita de coñac, Sr. Navarro.

— Venga otra, que este frío va quemando más (de lo que) yo quisiera.

Y continuó:

— El Gral. Díaz, hasta 1875, era lo que llaman en inglés, un Coarse man, low fellow, esto es, un hombre ordinario, grosero y rudo, pero no sin hidalguía y en varios de sus procederres. ¿Habíase sus pocas buenas acciones a su primera esposa la Sra. D^a Ortega Reyes? Cuando era comandante militar de la Plaza de Oaxaca, esta Señora criticó la consumación de muchos crímenes. Entonces el hombre duplex no se ostentaba en toda su magnificencia exterminadora: su imperforable doblar permanecía en estado latente. Triunfó por una chiripa. Su posición de Presidente le obligó a moverse en un círculo superior al suyo. El perseguido se tornó en perseguidor,

el despreciado en ensalzado; el hu-
milde en soberbio; el audariego en
~~político~~ poltrón; el sobrio en Isibarita;
el audaz en medroso; el casto en sen-
sual. El pobre hombre llegaba a la
presidencia a los 50 años; estaba se-
diento de todo, hasta de los gozes
plácidos y tranquilos de la familia,
que nunca los había disfrutado
en su trágica carrera de aventuras.
Todo le pareció nuevo y novísimo
como a los primeros salvajes que
llevó Colón de América a Europa,
las suntuosidades de la reina Ysa-
bel. El poder le intoxicó y la
atmósfera de lujo lo enervó; de tal
manera debió impresionar su ima-
ginación esa metamorfosis, que hubo
de trastornarle el ánimo y dar
al traste con sus buenas fin-
tenciones. Esa especie de transfigu-
ración moral debió ser precedida

por la física. Hay quien refiera que
ya en el poder se daba humos con su
humilde familia saxaqueña de hombre
de prosapia y linaje, imitando hasta
lo grotesco, los modales y las maneras
de Alberto Ferreros y Pascho Raudero
y Cos. En la mesa del hogar suprimió
los frijoles, con el pretexto de que eran
explosivos y poco aristocráticos: des-
teñó asimismos las tortillas, el chile y
el atole, importando arbitrariamente
en el desolado hogar, la cocina fran-
cesa. Su bendadota señora, que vera
enemiga del lujo y las exhibiciones,
fue obligada a vestirse a la des-
cotada y a circular como una pe-
lota de feda en todos los sitios
públicos.

Fui no eres aristócrata como yo, del-
fina, - solía decirlo con befa.
Dio en criticar a la heroica señora
en cuanto hacia y dijera.

- No me gusta la lectura de los periódicos, y ¿a ti Porfirio?
- Se dice lectura y no lectura, definitiva.

Todos esos alfilerazos, amén de los vol-au-vents calientes y demás comidas exóticas, fueron minando la salud de la virtuosa señora, hasta que Dios Nuestro Señor, compadecido de ella, la llamó al seno de su gloria.

oblitus - que morum - obliviscendus et illis

Prosiga Ud, Sr. Navarro, - me acuerdo que dije ya picado, al Sr. D. Juan, que en aquellos momentos, la luz del gas, semejaba grandemente al doctor Fausto (antes) de su metamorfosis.

- Ah! ¿quiere Ud. seguir hasta

el fin, la evolución de ese espíritu?
- Sigámosle, amigo Don Sebastián, sigámosle..... Una vez viudo quiso aparecer joven, quiso aparecer hermoso... Vestióse, o vistieronle como un dandy, cargaronle de perfumes como a un camello árabe de birra; enseñaronle el argot de la calle de Plateros, y finalmente hicieron del digno militar de 71, un irrisorio muñeco, traído, llevado y manoseado por unos cuantos petardistas de quante blanco. Pudo a V. citarle los nombres de los que tan malo hicieron? Jorge Hámeken y Mejía, los dos Rincón Gallardo, Alberto Ferreros, los Landa, el cajo Adalid, Sierra Méndez, Rascuráin, etc. etc.... Naturalmente, en esa sociedad más típica que hipica, Porfirio Díaz cobró repulsión a sus viejos y rudos compañeros de armas a quienes todo debía, por los brillantes advenedizos,

que todo lo debían. La presencia de aquellos le traía á la memoria padecimientos y quebrantos, mientras que la de estos otros no era mas de un continuado festín en el que volteaban las luces y los perfumes. A esos dos fenómenos de segregación y asimilación, sucedió otro, el más grave y morboso: el amor de viejo. Cuando este último comenzó á desenvolverse en él, ya otra de sus idiosincrasias, la avaricia, se iba desvaneciendo al ruido de la Champaña descorchada. El Sr. Díaz ha sido siempre, no diré merquino, tacaño de medio á medio, vicio muy raro en la noble profesión militar. Cervantes lo ha dicho con gran donosura en Don Quijote:

— "Y la condición que tenía de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que escuela la soldadesca donde el merquino se hace franco,

y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces." Ese monstruo era Porfirio Díaz: con decirle á Vd. que escatimaba las onzas de paja dadas á su caballo, cuando lo necesitaba tanto para correr, está dicho todo.

— Hombre, hombre! Don Juanito, ¿es posible todo esto?

— Amigo y Señor Don Sebastián, nada más que le recomiendo á Vd. el sigilo. ¡Fueren tantos oídos las paredes!

— Sigá Vd., aquí no hay un Alfredo Chaveso, ni un Cartaxida y Nájera.....

— Pues bien, el momento histórico se aproxima! No pierda Vd. una sílaba de esto que voy á decir..... Pero antes veamos qué hora es..... las nueve! terrible tramoschada, amigo y Señor Sebastián; unos minutos más y me despido.

— ¿Otra copita de cognac?

Pero hombre si hemos coleado ya tres: venga la última! qué Caray! Don Porfirio suspiraba y suspiraba hasta quebrar con sus suspiros las duras rocas. En ese estado patológico del Sr. Díaz, el poven Hametken concertose con el Sr. Romero Rubio para curar la melancolía del enamorado guerrero. Un ex-Presidente viudo y con probabilidad de ser Presidente una vez más, si no es que toda su vida, es lo que se llama matrimonialmente un buen partido. Aquí principió la struggle for life. Los Ruicón hubieran querido enparentar con el Sr. Díaz, pero desgraciadamente no tenían hermanas ni hijas casaderas. En la misma desagradable situación se hallaban los miembros del Club de Caza y Pesca, Jockey Club, etc. etc. Y era preciso casar al Sr. Díaz: dejarle en el aislamiento de la viduedad

35

cuando alcanzaba la cuarta juventud, hubiera sido inhumano. Pero qué patricio ilustre, qué magnánimo varón tendría el desinterés de calmar los dulces tormentos del amartelado caballero emparentando (espiritualmente, se entiende) con él? ¿Trichu?

- El Sr. Romero Rubio

- Chist! es ya Senador....

- ¿Pero es o no suegro de mi ilustre rival en la Presidencia?

- No lo es todavía, lo será el mes que entra.

- ¿Y es ya Senador?..... Oh! los suegros van muy de prisa.

* * *

- De las cenizas de ese holocausto - prosiguió el Sr. Navarro, - nació el finis del lerdismo - digo que nacerá, cuando el holocausto se verifique. (Nombre, me viene algo achispado,

amigo y Señor Sebastián). Y del carro
triumfante de Cupido tirarán Gochicoa
y Villada, Pedro y Joaquín Baraúña, los
hermanos Barroso, Justino Jerváñez
y..... Pero hombre, ¿en que consiste
que nuestra generación se ha de-
gradado? Oh! ¡virtud! ¿serás tú
solo mi fantasma?

Y después de una pausa co-
mencé con sarcástica aspereza:
— El motor de esa evolución no
ha sido el vapor, ni la imprenta,
ni la electricidad, ni el fonógrafo...
..... Ni Fulton, Sutterberg y Edison
tienen vela en ese himeneo (o en-
tierras, como tú quieras llamarle). Ha
sido sencillamente una mujer!
..... una mujer!..... una mujer!.....

Y concluí en tono rumbón:
Lo que soy yo, trato con respeto hasta
la criada de mi casa; ¿quién sabe si ma-
ñana será la mujer de algún Presidente de los Estados Unidos!

Cordón sanitario

XIV.

Las enfermedades morales suelen
ser tan infecciosas como la viruela negra
y el cólera morbus: el inquisidor que
prohibió en España los cuentos de
Boccaccio, procedía con tanta justi-
ficación como la autoridad que
en nuestros días establece las cuarentenas
a los buques infectados.

Nadie tiene derecho a corromper
física ni moralmente.
Obedeciendo a esa ley higiénica de
la propia conservación, procedí a esta-
blecer un cordón sanitario entre mi
domicilio y la correspondencia que recibía
de México: todas las cartas procedentes
de mi patria sufrían la fumigación de
manos de mi secretario Espinosa. Las